

**T O D O
UN CONFLICTO
DE SANGRE**

El incidente parecía incomprensible, sobre todo tratándose de la viuda de Rosenberg, tan digna, tan austera, tan pagada de sí. Nadie creyera que la buena señora, con su gran corpulencia y sus años, fuese capaz de armar lío tan grotesco. A lo mejor... esos conflictos anímicos... Como a la pobre se le veía tan rara después de su dolencia... Sin embargo, todo hacía comprender que se trataba de excesivos cocteles. ¡Insensata! Y, para colmo de males, haber hecho ese escándalo cuando más concurrido estaba el Club y cuando aquella verbena prometía prolongarse toda la noche. Vaya usted a saber qué habría en el fondo... Por lo pronto ya el enredo era grande.

La terraza bullía plena de gente que iba de un lado a otro recogiendo noticias. Casi nadie bailaba, tal era la inquietud originada por el curioso caso, y eran vanos los enormes esfuerzos de la orquesta por distraer al público.

Cada nuevo detalle corría de mesa en mesa, exagerado, como sucede siempre que anda en juego la honorabilidad de una persona.

Los faroles chinoscos, meciéndose en el aire, ponían su nota alegre y multicolor sobre las cosas y sobre el falso asombro reflejado en los rostros.

La defensa o ataque de la viuda de Rosenberg provocó enconadísimas discusiones. Defendíanla los hombres aduciendo mil razones de crédito, y, en cambio, las esposas, la atacaban con verdadera acrimonia. No obstante, era difícil analizar los hechos, pues aquello ocurrió en el bar del Club precisamente cuando todos bailaban, de modo que la orquesta amortiguó los chillidos que, según alguien dijo, había lanzado la señora de Rosenberg.

Quienes daban más fe de la trifulca referíanla a su antojo, llegando a confesar que, entre la gresca que se formó en el bar, vieron apenas a una enorme señora debatiéndose airada y dando gritos mientras la conducían hacia la puerta del Club.

De manera que la reputación de la señora de Rosenberg quedó pronto mezclada a maliciosas sonrisas y a esos ambiguos comentarios que se profieren con grandes aspavientos.

Pero las discusiones tenían más visos de verosimilitud en una mesa de las más apartadas, en torno de la cual aglomerábanse numerosas personas procurando acercarse a la única fuente lógica de información. No ignoraban que el más autorizado comentarista del hecho tenía que ser el médico de la señora de Rosenberg, pues estuvo con ella, y porque muchos decían

que se trataba de un caso de trastorno obsesivo. Sin embargo, como ya conocían el proverbial geniecillo del doctor Serge, no se habían atrevido a interrogarlo directamente. Preferían insinuar, como al desgaire, alguna que otra suspicacia malévola con la vaga esperanza de provocar la explicación del doctor. Pero el bendito neurólogo no parecía percatarse de aquel asedio o era más zorro de lo que se temían, pues ahí estaba mirando hacia la mar plácidamente como si aquella historia no le incumbiera. Fastidiados, resolvieron al fin dejarlo solo con su pipa en los labios. Allá él y su paciente.

¡Lástima de verbena! Hubiera sido agradable proseguirla toda la noche, pero el escándalo de la señora de Rosenberg había dejado un rastro de oprobio, y, además, ya era tarde. Por cierto comenzaba a soplar un airecillo mas bien helado y no era el caso de pescar una gripe; de manera que aún los más rezagados se fueron despidiendo. Los señores, hablando de la guerra, del alza de los precios y de lo bien que andaban los negocios; las señoras, indignadas aún del alboroto, prometiéndose todas, a su turno, llamarse por teléfono al día siguiente para indagar noticias; si bien, ya en el vestíbulo, detuviéronse un rato para hincarle aún los dientes a la infeliz causante de aquel revuelo.

—¡Qué bochorno!

—¡Quién nos lo iba a decir!

—¡Con esos aires de honorabilidad!

—¡Mira, me alegro! ¡Ya me tenía cansada con ese cuento de la raza aria pura!

—Malhaya la pureza!

—¡Imagínate!... ¡Parece que la cosa fue con un negro...!

—¿Ese era el odio que les tenía?

—¡Pues vaya un asco!

Finalmente se fueron.

En la calle quedó, como una rúbrica, la nube del humo que dejaban los autos.

La terraza había quedado desierta. Los empleados comenzaron a prisa su tarea de limpieza. Y, mientras unos recogían la vajilla, los otros empujaban las mesas y barrían los residuos. Menos mal que ya podrían retirarse. Un sueño largo les vendría de perillas. Al fin de cuentas les había convenido aquel bochinche de la señora de Rosenberg puesto que otras verbenas proseguían hasta el alba. Unos señores que estaban en el bar eran los únicos que insistían en quedarse, pero, al cabo de poco, protestaron sepa Dios por qué causa y se marcharon furiosos. Ya sólo había quedado, allá distante, con su pipa en los labios, aquel viejo doctor. ¿En qué pensaba? ¿Hasta qué hora pensaría continuar en la terraza? Los empleados estaban ya habituados a esa y otras manías. Allí solito vería salir la aurora. Ellos en cambio tenían que apresurarse. ¿Qué les podía importar que el buen anciano se expusiera al sereno toda la noche?

En efecto, el doctor no parecía darse prisa. Terminado el bullicio y la malsana curiosidad de la gente, prefería meditar sobre el percance de la señora de Rosenberg.

Tenía él muy pocos años de vivir en el Istmo. La barbarie europea lo había empujado hasta América con una enorme "J" en su pasaporte. JUDIO. Y hubo de abandonar la clínica que tenía en Viena acusado de enemigo del régimen por haber atendido a varios prófugos. Sufrió mil sinsabores y escapó por fortuna de aquel infierno. En el Istmo, después del noviciado en las provincias centrales, pasó a la Capital; prestó servicios como médico interno; dió señales de ser un buen neurólogo, y al fin logró el permiso para poner su clínica psicoanalítica. No tardó mucho tiempo en abrirse campo. Su clientela, formada casi toda por señoras neuróticas y adineradas, creció rápidamente. De ese mismo contacto con el gran mundo obtuvo amplio prestigio y posición económica.

Desde antes de tratarla, ya tenía referencias de la señora de Rosenberg. Ella, a pesar de que llevaba sangre judía en las venas, repudiaba su raza; figuraba como alemana pura, y evitaba todo posible contacto con refugiados semitas. Se sabía que era partidaria del *nuevo orden* y de la fe racista y que, debido al accidente de que fué víctima, no la llevaron a un campo de concentración al declararse la guerra. Un abogado truhán y amistades valiosas la ayudaron a salvar su negocio. A pesar de ello, cuando ya

se vió libre del gran riesgo, comenzó a darse tono y a burlarse de los judíos refugiados. Por eso al doctor Serge no le era muy simpática la arrogante viuda.

Fué grande su sorpresa cuando se le anunció que la señora de Rosenberg deseaba verlo. Su primera reacción fué tan violenta que se negó a atenderla. La enfermera se quedó extrañadísima (la señora estaba allí en el despacho a pocos pasos, podía haber escuchado) pero cumplió las órdenes, trasmitiéndolas a su manera: El doctor Serge tenía otro compromiso; no le sería posible recibir a la señora de Rosenberg. La orgullosa alemana, que no esperaba aquello, sintióse herida. ¿Cómo? ¿No quería darle audiencia el doctorzuelo judío? ¡Pues, nada de eso! ¡Tendría que recibirla de todos modos! Y, empujada por su propia soberbia, entró de golpe al gabinete privado del doctor Serge. Sorprendido a su vez, el buen neurólogo estuvo a punto de mandarla al demonio, pero mejor optó por enfrentarse.

—¡Usted perdone, doctor, pero es urgente! —dijo ella.

—¿En qué la puedo servir? ¿No le anunciaron que tengo un compromiso?

Entre tanto, la cohibida enfermera se volvía toda gestos desde la puerta tratando de excusarse ante el médico y procurando indicarle que aquella irreflexiva paciente debía estar loca.

La opulenta matrona se había dejado caer sobre un diván y respiraba con gran dificultad. Al verle

el rostro de angustia que la asfixia le producía, el doctor Serge sintió cierta gozosa piedad. Y, dominando su enfado, le dijo a la enfermera:

—Tráigale un vaso de agua.

Ejecutada la orden, la enfermera salió.

Restablecida, la señora de Rosenberg procuró ser amable con el doctor, y contestó a sus preguntas sin alterarse ni dejar de mentirle en algunos datos como en el de la edad. El doctor Serge la dejó fantasear. Ya comenzaba a interesarle el asunto. Pero cuando ella dijo que había sido paciente del doctor Vieto, interrumpió la consulta.

—En ese caso debe usted perdonarme, señora, pero me es imposible atenderla.

La señora insistió. Sólo un neurólogo como él podía estudiar sus trastornos. Ella sabía muy bien que sus dolencias eran de índole psíquica. Y además —“Aquel médico será un buen cirujano, pero no entiende nada de complejos anímicos ni cree en el psicoanálisis... Usted comprenderá... No hace otra cosa que chancearse conmigo... ¡Imagínese!... Dice que los conflictos psíquicos son mistificaciones propias de gente rica... Que yo no tengo nada, que estoy sana y más robusta que un buey... ¡Insufrible!...

¿Qué culpa tenía ella si a pesar de haber estado tan grave había logrado recuperar su brío y su fortaleza?

—Estuve casi de muerte, doctor... Hubiera visto qué herida!... Perdí toda mi sangre... Mire, aquí... Fué en la nuca... Aún puede verse la cicatriz...

—Sí, sí... Yo no le niego que sea verdad... Pero si quiere que la atienda, tráigame una autorización del doctor Vieto.

—No hace falta... Fué él mismo quien me recomendó...

—¡Acabemos...! ¿No será otra mentira?

La señora quiso montar de nuevo sobre las furias, pero, ya dominada, se aproximó al teléfono y, al fin de mil protestas contra el servicio, conectó a ambos doctores. Y, claro, el doctor Vieto se mostró entusiasmado con aquel cambio. Sí, era él mismo, quien lo había sugerido.

—¡Por supuesto, me parece magnífico!... Lo que ella necesita es distraerse, conversar con alguno que esté dispuesto a oírle sus chifladuras... Ya usted comprenderá que está más sana que un buey... De todos modos, véngase por acá para mostrarle el historial clínico de esa señora... Hay ciertas cosas que ella debe ignorar... ¡Se lo advierto!... Pero hágame el favor de no decirle a ella nada... Después usted sabrá... Sí, venga a verme cuando lo crea oportuno...

El doctor Serge agradeció la atención y prometió la visita para muy pronto.

En las facciones de la señora de Rosenberg creyó el doctor notar una infantil alegría. Seguramente se sentía satisfecha. Había triunfado. Y aún haciendo un esfuerzo contra su orgullo no tuvo más remedio que confesarle la gran confianza que ponía en él.

—Sí, doctor, en sus manos me sentiré mejor. ¡Ya lo presiento! ¡No hay duda!

El doctor Serge le exigió a su paciente, como primera instancia, un detallado recuento de sus dolencias, pero como éstas estaban muy ligadas a peripecias cotidianas, ella se vió obligada a relatarle su vida.

Había salido de Alemania cuando apenas comenzaba el nuevo orden, contratada con otros profesores para un colegio alemán de Guatemala. Ella era joven aún y se sentía adalid de la nueva fe. Sus compañeros la molestaban mucho por su gran corpulencia y por su paso marcial. Decíanle que su fe era tan grande que hasta en el caminar había adoptado el paso de ganso. Usaba lentes de carey y sus vestidos eran severos. No transigía con nada que fuese en contra del nuevo credo. Fué un viaje tan feliz que aún seguía siendo uno de sus recuerdos predilectos. Sobre todo porque en la travesía se enamoró de uno de aquellos inolvidables compañeros de grupo, el profesor Hermann Rosenberg, quien fué más tarde su esposo. Vivieron varios años en Guatemala dedicados a la enseñanza, y educando, a su vez, a los mellizos que les

habían nacido del matrimonio. No quisieron más hijos porque los dos muchachos bastaban para su dicha. Verdad es que el nuevo orden exigía muchos hijos, pero eso era en el Reich y no en la América. Los mellizos crecieron tan robustos que daba gusto verlos. Llevaban ya quince años en Guatemala cuando el buen Hermann Rosenberg vió cumplido su anhelo de prestarle su colaboración al Führer: fué nombrado agente de propaganda en Centro América con residencia en las cercanías del Canal. Se trasladaron a Panamá. Allí la dicha les fué más placentera porque hicieron fortuna. Como ella era mujer emprendedora y poco amiga de estar ociosa, abrió un pequeño almacén de novedades que obtuvo una acogida sin precedentes entre el mundo elegante. (“No olvide usted, doctor, que el señor Rosenberg era también adjunto a la Embajada de Alemania”). La tienda fué creciendo y convirtiéndose de pronto en la suntuosa CASA DE MODAS ROSENBERG. Todo marchaba bien, y, como Hitler dió en invadir a Europa, los señores de Rosenberg se prometían un porvenir halagüeño. Los muchachos, que eran ya unos fornidos mocetones, recibieron dos becas especiales del Tercer Reich para estudiar en Berlín. Era un regalo del Führer, y el señor Rosenberg quiso ir él en persona a llevar a los “niños”, con la alegre esperanza de estrecharle la mano a “nuestro Führer”. La señora de Rosenberg habría descado tanto hacer el viaje en compañía de su esposo y de sus hijos, pero no fué posible. Ella tenía

que permanecer en el Istmo para atender el almacén y los asuntos secretos. El barco en que viajaban los Rosenberg tenía bandera yanqui. Habrían deseado hacer el viaje en un buen trasatlántico de la HAMBURG AMERICAN LINE, pero órdenes son órdenes. El fiel agente alemán llevaba la importante misión de investigar el paquebot yanqui. Hacía diez días apenas que había zarpado cuando estalló la guerra. Surgieron del océano miles de submarinos que a lo mejor estaban al acecho para ese gran momento. Bombas, fuego, torpedos. ¡El maremagnum! La señora de Rosenberg no pegaba los ojos. Estaba nerviosísima. Pasó noches de insomnio desde el instante de la declaración de guerra. ¿Para qué diablos se les habría ocurrido hacer ese viaje? ¿No estaban más tranquilos en Panamá? Una mañana llamaron por teléfono al almacén. Eran las doce del día. Las empleadas habían salido todas. La señora de Rosenberg estaba preparando las cuentas y esperando su Plymouth. ¿Por qué tardaba ese auto? Hacía muy poco que, por recomendación de una amiga, había admitido a su servicio a un chofer antillano. No le agradaban mucho los negros a la señora Rosenberg. Más bien los despreciaba. Le producían un desagrado especial. Pero eran por lo menos sumisos. Y, además, el tal Joe caía simpático. Era un hombre fornido, muy robusto, con una amplia sonrisa que dejaba entrever su dentadura blanca y bien alineada. ¿Por qué se demoraba? Había ido a hacer el cambio de batería, pero caramba, ya debía estar de vuelta. ¡Mal-

dito negro! ¡Todos eran iguales! En ese lapso había sonado el teléfono. La señora creyó que a lo mejor era Joe para anunciarle algún nuevo percance con las autoridades o sabe Dios qué enredo. Pero no era el chofer. (“A ver, ¿quién habla? De la Embajada sí...”) Le transmitieron la tremenda noticia. El trasatlántico en que viajaban los suyos... sí, sí... lo habían hundido... sí, sí... No había podido salvarse nadie... ¡Mein Gott!... No volvería ella a ver a sus dos hijos ni a su adorado Herman... Habían hallado la muerte producida por bombas alemanas... Sus mismos compatriotas le quitaban la dicha a la señora Rosenberg... Pero era un sacrificio en honor del Führer... ¡Heil Hitler!... Ella sintió que todo le daba vueltas... Perdió el conocimiento... Cayó pesadamente de espaldas... Y ya no supo más... Se había enterado más tarde que, al caer de aquel modo, su nunca fué a golpear precisamente sobre un objeto de hierro que le produjo una gravísima herida... Quedó allí sin sentido hasta la hora en que llegó su automóvil. Afortunadamente el chofer tenía consigo una llave; al abrir, vió a la señora tendida sobre un charco de sangre; y, suponiendo que se trataba de un crimen, llamó a la policía. Vino el agente de turno. Llegaron las empleadas, Se aglomeró la gente. Solicitaron una camilla al Hospital. Pero una empleada aconsejó apresurarse. La más leve demora podría serle fatal a la señora de Rosenberg. ¡Pobrecita! Ya había perdido tanta sangre. De manera que entre Joe, las empleadas y el policía la con-

dujeron al auto. Y, ya en él (¡Apúrate, Joe!) al Hospital... El doctor Vieto, llamado a tiempo, ordenó hacerle una transfusión de sangre... Ella, inconsciente, no se enteró de nada. Menos mal que el Doctor hizo milagros, pues, de allí a poco tiempo, la señora pudo salir al campo en calidad de convaleciente... Descanso, sol, mucho sol, mucho aire y nutrición le aconsejó el doctor... Siguiendo el régimen recuperó sus fuerzas, se sintió como nunca y regresó al almacén... Sin embargo, desde hacía varios días había empezado a soñar las pesadillas más raras... Eran algo nunca experimentado... Salía de ellas jadeante, sudorosa, deshecha... Sentía en la nuca la sensación de que iba a hundirse de pronto en un abismo del que ya no saldría... Era horrendo, terrible... Aquel conflicto la podría enloquecer...

Al terminar su relato, la paciente respiraba con ansias, trasudaba.

El doctor Serge le ofreció nuevamente un vaso de agua.

—¡Cálmese usted! ¡No tema! Pero... dígame, ¿por qué imagina usted que se halla al margen de la locura?

—No sé... Esas pesadillas horribles... Les tengo tal horror que no me atrevo a dormirme... Paso a veces gran parte de la noche en un forzado desvelo...

Pero el sueño me rinde finalmente y me sumerjo en la inaudita visión... Muchas veces despierto de esos sueños lanzando agudos gritos y con cierta opresión muy parecida a la asfixia... Mi doncella tiene que friccionarme con alcohol y hacerme oler amoníaco... Después respiro fuerte, cobro alientos y me siento mejor... Pero si vuelvo a dormirme, se repite la pesadilla con más intensidad... Es horroroso, doctor... ¡Sí, yo presiento que voy a enloquecer!

—Bueno... Veamos... Procure usted contarme sus pesadillas... No trate de mentirme... Sería inútil y hasta perjudicial... Es preciso que usted las cuente en orden y con exactitud... No omita nada, por grotesco que sea, ni mucho menos detalles bochornosos. ¡Sí, es preciso que usted lo cuente todo!

—¡No, doctor! ¡No, doctor! ¡Me pide usted lo imposible!

—¿Por qué? ¿Sus pesadillas son entonces (¿cómo decirle?) obscenas?

La señora de Rosenberg bajó el rostro afligida. Su exuberante busto subía y bajaba como órgano de iglesia. Temblaba toda. Se estremecía a intervalos como si la atacara la fiebre. Al fin habló sin levantar la cabeza.

—Yo debo estar pagando algún pecado, doctor... Sí, debe ser como un castigo del cielo... Ya usted sabe muy bien que no transijo en los asuntos racia-

les... siempre fui partidaria de la raza aria pura... Por eso, en Alemania, odié a la raza judía... Siempre la ví como una raza plebeya... (Usted perdone, doctor...) Luego, más tarde, cuando me vine a América, noté la mezcolanza de razas que hay en el Istmo... la gran desproporción del tipo blanco en relación con los negros... Y, debo confesarlo, sentí la imprescindible necesidad de que triunfara el nuevo orden... Había que exterminar todas las razas de extracción inferior... Y, sobre todo, a los negros... Yo los he visto siempre en mi concepto como una raza esclava... Por eso los detesto... Me producen cierto asco, cierta especie de repulsión... Y, ahora, tengo un miedo angustioso de que se verifique en mí lo que imagino... No puedo ni pensarlo... Sería horrible, doctor... Esta obsesión es un castigo del cielo contra mi orgullo vacuo. Pero, no puede ser... ¡Es necesario que no suceda!

—¿Qué es lo que teme usted?

—¡Me da vergüenza decirlo!

—Haga un esfuerzo.

—Doctor, ¿cómo expresarlo? ¡Me estoy volviendo... negra!

El doctor Serge no pudo reprimir una carcajada. Jamás había escuchado un despropósito más absurdo.

La señora de Rosenberg sudaba. Se sentía deprimida, humillada, con ganas de llorar. ¿Por qué motivo aquel doctor tan adusto se reía como un idiota cualquiera? ¿Se burlaba él acaso de sus complicaciones?

¡Al diablo el viejo tonto! ¡Judío al fin!

Menos mal que ya el doctor había cortado su risa.

—Pero, dígame usted, señora mía, ¿cuando demonios ha visto que ninguna persona cambie de piel o de color como quien cambia de ropa? ¡Ni que fuéramos camaleones!

—¡Sí, sí! ¡Yo los he visto! Aquí en el Istmo se han dado varios casos. Van cubriéndose de enormes manchas negras y al fin se ponen prietos.

—Y, dígame, señora, ¿ya ha notado en su cuerpo tales manchas?

—Sí, algunas... pequeñitas...

—¿Me las puede mostrar?

—Son muy pequeñas, doctor. Se burlaría usted de mí. Ya se ha reído bastante. Mejor es que le cuente mis pesadillas, sólo entonces dejará de reírse. Estoy segura de que ha de interesarle mi extraño caso. Ya verá... Ya verá...

—Sí, me interesa... ¡Me interesa muchísimo... Puede usted comenzar...

Tomó su lápiz y se dispuso a oírla.

La señora respiró con afán; se enjugó el rostro; y procuró ordenar, antes que nada, el laberinto de imágenes —confuso, indescifrable— que era su mundo onírico. Por fin, se decidió:

—¿No ha visto usted alguna de esas películas de títeres animados de las que surge un mundo de colores y de juguetería?

—Sí, señora, pero...

—No se impaciente... Verá... Mi primer sueño fué algo muy parecido... Me veía pequeñita como Alicia en el país de las maravillas y caminaba con gran dificultad sobre un declive inestable... Yo subía lentamente y haciendo un gran esfuerzo por entre dos hileras de columnas muy blancas... Me dirigía, jadeante, hacia la cúspide, donde se destacaba, sobre un cielo rojizo, una gran cruz plateada, resplandeciente... Era una especie de Gólgota... Lo que más me extrañaba era que el Cristo no era el rubio Mesías magro y doliente, sino un negro fornido... Como yo estaba lejos, no podía distinguirlo debidamente, pero algo me decía que él se burlaba de mí, que me alentaba con cierta picardía como gozoso de que yo padeciera... Aquel ascenso era duro y agotador... Yo notaba que mis dos pies se hundían en una masa maleable... No era fango ni cera, pues de pronto advertí que iba subiendo sobre un rojo calvario de carne humana... Pero hallaba a mi paso agudas puntas hirientes como lanzas... La loma iba erizándose de espinas cada vez más enormes... Yo sentía que sangraba por pies y manos... Mas, al fluir, mi sangre no me causaba pena sino más bien placer... Y, a lo lejos, oía un rumor curioso que aumentaba, aumentaba... Parecía de tambores... De

repente estalló una carcajada de increíble volumen como si la emitiera un gigantesco amplificador... Y la gran loma erizada comenzó a estremecerse como sobrecogida por un gran terremoto... Los vaivenes de aquella masa amorfa me hicieron dar mil saltos y por fin me lanzaron en el espacio... Mientras caía al abismo seguía oyendo la infernal carcajada, y entonces me dí cuenta de haber salido de la boca de un negro... La masa movediza por la que había ascendido era su lengua y las columnas sus dientes... Y aquel cíclope negro se reía, se reía... Me desperté horrorizada... Pero mi gran sorpresa fué que aún estando despierta, seguía oyendo la risa desesperante... Toqué el timbre, nerviosa, y, al entrar mi doncella, le pregunté quién se reía de esa manera sarcástica... Y, ella, muerta de risa me contestó: "Es Joe, el chofer, que nos divierte bailando "jiterbug"... Algunas horas después, cuando fuí a entrar al auto, ví la cara sonriente del antillano, y parecióme notar que me miraba con cierta picardía... Parecerá algo absurdo, pero la cara de él era la misma que había visto en mi sueño... Todo aquello me pareció muy raro, y, por supuesto, me invadió un desagrado definitivamente invencible...

Fatigada, quedó un rato en silencio. El doctor Serge parecía interesado tomando apuntes, y, sin alzar el rostro, la ordenó:

—Siga usted.

—Al día siguiente tuve el segundo sueño... Oía una música vocinglera, estridente... Y, atraída por ella, fuí internándome en corredores sin fin... Eran pasillos muy largos que no acababan nunca... Yo seguía tras el ritmo, fascinada, nerviosa... De repente me encontré en una iglesia de caprichosos arcos muy luminosos y oí un coro de negros en el que a veces las voces se alejaban hasta perderse o regresaban de súbito mezcladas a un estruendo de bombos y platillos... Luego me ví rodeada de mujeres y de hombres de color que parecían en plena Africa... Saltaban, se movían, hacían cabriolas... Y sudaban, hedían... En medio de ellos bailaba Joe, reído... Todos ellos parecían epilépticos... Queriendo refrenarlos, yo comencé a gritarles: ¡Basta ya! ¡Basta ya!... Pero era inútil... Aquel ritmo podía más que mis gritos... Y tan irresistible fué la mágica zambra, que empecé a hacer cabriolas y a dar brincos, presa de cruel insania... No podía detenerme... Y uní mi voz al coro con tal vehemencia que mis cuerdas vocales se proyectaron fuera de mi garganta... Vibraban a medida que subían mis aullidos... Por instantes se iban haciendo tensas como si enormes dedos las estiraran... Iban ya a reventarse, ya las sentía estallar... En ese instante pude salir del sueño... Estaba exhausta, sudaba... Y aún creí percibir entre mis ropas el mal olor que despedía aquella gente...

—¿No oyó ninguna música al despertarse?

—No, doctor. Si la hubo, sería mientras dormía.

—Sí, es posible... Alguna radio vecina...

—Probablemente.

—Y su primera reacción después del sueño ¿cuál fué? ¿Quiere decírmela?

—Sentí un asco profundo contra mí, contra mi cuerpo, ya que seguía percibiendo, aún bien despierta, aquella especie de tufo a sobaquina... Pensé que, a lo mejor, entre mis sábanas... mi doncella... no sé... Como ella misma acomodaba mis ropas... Todo eso era posible... Sin embargo, me demoré en el baño, friccionándome con jabón de azucenas; me empolvé todo el cuerpo; me eché luego unas gotas de mi mejor perfume... Respiré satisfecha... Y, convencida de haberme equivocado, salí hacer unas compras... Yo recuerdo que hizo un día sofocante... Volví a casa sudando... Y, al cambiarme, sentí de pronto el tufo de mis axilas... Me volví como loca... Corrí de nuevo al baño... Oh, qué bochorno, ya no podía dudar... Era mi cuerpo el que exhalaba el hedor... Desde entonces creí notar que mis mejores amigas y aún mis clientes se mantenían distantes... Huían de mi hedentina... ¡Que vergüenza, doctor!... Para calmarla no tuve más remedio que recurrir al uso de deodorantes... Y fué desde esa fecha cuando empecé a notar que iba volviéndome negra...

—Es un trastorno curioso. Sin embargo, tranquilícese usted... ¿Tuvo otros sueños?

—Sí doctor, no enseguida, sino dos días después... Debó advertirle que la noche siguiente la pasé desvelada por temor a mis sueños... Luego, en el almacén, durante el día, llevé un trajín enojoso... Sin embargo, esa noche, tuve que ir a una fiesta, me bebí algunas copas y regresé algo tarde... No hice más que acostarme y, al minuto, me sumí como en un sueño de plomo... Sufrí entonces mi tercera pesadilla... Me encontraba en una tienda de modas que era y no era la mía... Veía detalles que me la recordaban, pero era más lujosa y enorme... Lo más extraño era la clase de mercancía en venta... Objetos raros del Africa, elefantes, pajarracos horribles y máscaras grotescas... Entre el nutrido público que inundaba la tienda ví a unas americanas en uniforme... Yo, en mi sueño, les tenía cierta inquina no sé por qué... Les notaba cierto aire de soberbia que me chocaba... Y decidí demostrarles que era una impertinencia tal arrogancia, porque al fin y al cabo la raza aria se impondría sobre el mundo... Me aproximé a atenderlas, y, refinando mi inglés, hice el elogio de mi mercadería: "Lo más chic de Sudáfrica, señoras... elefantes del más fino nylón..." Pero sentí que mi voz no era mi voz, era otra... Sonaba altisonante y desagradable, como si la que hablara no fuera yo sino una verdulera antillana... Noté que, al escucharme,

cuchichearon con marcado sarcasmo... Yo procuré insistir avalorando la calidad de mis máscaras... Pero mi voz seguía tornándose áspera... Se rieron todas con un tono de mofa que me ofendió... No lo podía tolerar, y, ciega de ira, me lancé a apostrofarlas, sólo que les hablaba en puro slang antillano... Todo el público y, más aún, mis empleadas, se echaron a reír... Eran torrentes de risa, carcajadas histéricas, aullidos... Y en medio del estruendo infernal yo oía un agudo alarido que no acababa nunca... Pensé que era el sonido de la sirena de alarma... Pero intuí de pronto que lo que hacía ese ruido era sin duda la bocina de mi auto... Miré sobre el gentío y ví a lo lejos a Joe, muerto de risa, sonando el claxon... Me entró una furia tal que me lancé contra él... En la carrera, tropecé con un mueble, me caí, di tres saltos y recibí en la nuca un golpe fuerte que me privó... Me ví rodeada de enfermeras y médicos... Distinguí entre estos últimos al doctor Vieto, con su túnica blanca, quien se me aproximaba trayendo entre las manos una enorme inyección y me decía muy reído: "¡Voy a pintar tu sangre de negro para ver si resulta mi experimento!"... Le pregunté de qué se trataba; me respondió: "¡Voy a volverte negra para que seas jovial y más humana!"... Protesté... Me debatí enfurecida... Pero me habían ligado... Todo esfuerzo era inútil... Y el doctor se acercaba... Pero no era el doctor, era Joe el negro disfrazado de médico... Yo miraba asustada aquella enorme inyección y daba gritos de pánico...

El, sonriendo, se aproximó hasta mí... Me alzó la blusa (¡que horror!), y zás, de golpe, me clavó la inyección en pleno vientre... Sentí un fuego, un ardor que me corría por las venas... Y comprendí enseguida que mi piel se iba cubriendo de manchas como la de un leopardo... ¡Qué tormento, imagínese!... ¡Sentía mi blanca piel toda veteadada de negro!... Probé una atroz angustia... Aquellas manchas se extendían poco a poco, se unían unas con otras, me iban cubriendo el cuerpo... Y, de repente, yo me ví —sin mirarme— toda negra y salvaje... Lancé un aullido trágico y desperté... Tenía la ropa sudada, y mi primera impresión me hizo pensar que lo que había sudado era pura tinta... Corrí, nerviosa, al espejo, y me miré todo el cuerpo... Sólo halle unas manchitas como lunares... No eran muchas, era una, pero de todos modos compré varias pomadas contra las manchas... Debía estar prevenida porque ya preveía mi sino triste... Yo iba a volverme negra... No tenía escapatoria...

—¿Y ha notado otras manchas después de aquella?

—Sí, doctor, ya le he dicho. Se van haciendo grandes.

—Déjeme examinarlas.

Con fingido pudor y a duras penas ella desabrochóse, descubrió el busto enorme y le mostró compungida una gran mancha sanguínea, amoratada.

—Ya me lo imaginaba —dijo el médico—; se ha frotado la piel con toda clase de ungüentos y se la está irritando. Se ha provocado usted una necrosis.

—¿Y eso viene de negro?

—No, de muerte, de mortificación. Pero, sigamos.

¿Tuvo otro sueño?

—¡Sí! Fué anoche... ¡Qué pesadilla horrenda!

—¿Me la quiere narrar?

—No sé si debo, doctor...

—¡Haga un esfuerzo!

—Sentía un olor a guiso, tan agradable, que despertó mi apetito... Veía una cinta de humo culebreando ante mí para atraerme como he visto en los cines... Fuí siguiendo tras la azul hebra de humo... Y poco a poco me acerqué a la cocina... La negra cocinera me saludó como si se tratase de alguna vieja amistad... Tal irrespeto, me pareció extrañísimo... Sobre todo porque le había prohibido hacer en casa menjunjes como aquél... Pero no hice gran caso, por oler la fragancia del sabroso guisado... La vieja cocinera lo revolvía tranquila, indiferente, tarareando un cantito... ¡Qué olor más agradable!... ¡Sentí un hambre terrible! —¡Sírvenme un poco de eso —le dije—... Me sirvió... Yo devoré la ración golosamente y me relamí de gusto... —“Qué comida tan rica, ¿de qué la has hecho?” Me miró sonreída:

“¡Bacalao, mi señora, plato de negro!”... Me sentí avergonzada... Pero me entró de pronto un entusiasmo jovial, resuelta a todo, y comencé a canturrear a voz en cuello: “¡Jolinyú! ¡Jolinyú!”... Me hallé de golpe en una fiesta de negros en compañía de Joe... Ya no lo odiaba... Nos comprendíamos bien... Cruzábamos frente a hileras de mesas que contenían variados manjares... Yo deseaba probar aquellas cosas... Y Joe me iba obsequiando de todo un poco... Vi en una enorme cesta unas frutas amarillas, brillantes... Oh, pero no eran frutas, eran ajíes picantes... Sentí un capricho loco de comer, de picarme... Me arrojé sobre el cesto y empecé a atragantarme codiciosa... ¡Qué fuego en todo el cuerpo!... Ya los labios me ardían y se me hinchaban como labios de negra... Me vino una gran sed... Y me ofrecieron de un vino tenue, dulce, rojizo, que llamaban serril... Bebí con ansias y derramé una parte... Me corría por el cuello, por el seno y el vientre... De pronto se elevó en el vasto ambiente un coro en el que todos repetían incansables la misma frase: “Calalú, calalú... Aji, aji... Calalú, calalú... Aji, aji... El negro Joe se me acercó lujurioso... Los demás ya bailaban con saltos espasmódicos... Y yo bailé con Joe... Sentía la fuerte presión de sus dos brazos y respiraba su hedor a selvajina... Le miré la gran boca llena de risa... Me estremecí jadeante... Y él me estampó en la boca un beso fuerte, carnoso, penetrante. Me desperté angustiada... Y al regustar aún sobre mis labios el

sabor de los suyos, me invadió tal disgusto, que me arrojé del lecho y fui a enjuagarme precipitadamente... Me di en imaginar que el negro Joe podía ser un adepto a la magia negra o al rito del vudú... ¡Tenía que ser así... El era quien me estaba embrujando... Y, así, a medio vestir, cubierta apenas con mi bata de noche, lo llamé a mi despacho y lo despedí... El pobre tonto se quedó consternado... ¿Por qué lo licenciaba?... No había hecho nada malo... Oh, al contrario, debía aumentarle el sueldo... ¡Qué cinismo...! Lo hice salir, furiosa, y, afortunadamente, se marchó sin chistar... Corrí a bañarme, libre ya de su infujo... Pero ahora temo más... Puede vengarse... Quizá qué pesadillas logre infundirme... Yo enloquezco, doctor.

Debo decirle que esa transformación que va operándose en mí sigue un proceso lento pero fatal... Ya no me atrevo a conversar en inglés, pues cuando lo hago me vuelvo tartamuda y sólo acierto a balbucir tonterías...

—Son sus nervios, señora...

—Sí, lo mismo me dice el doctor Vieto, pero qué diría usted si le confieso que hasta el cabello se me ha vuelto correoso?

—Será porque ha abusado del jabón... La potasa... Usted sabe...

—¡Oh, doctor!... ¡Es tremendo!... Me estoy volviendo negra.

—No pretendo contradecir su tesis... Pero ahora déjeme usted el tiempo suficiente para intentar al menos un análisis del material onírico... Venga a verme mañana...

Cuando la introdujeron, ese otro día, al despacho, vió al doctor preocupado. ¿Habría encontrado la solución? La hizo sentar frente a él. Y ella notó que iba a decirle algo horrendo. No hallaba las palabras. Se notaba. Le hablaba de mil tópicos sin entrar en materia. (Hacía un calor endiablado). Finalmente pareció decidirse:

—Debe usted prepararse, señora, debo darle una noticia tremenda... Procure refrenarse y no se aflija, que todo saldrá bien... Vengo ahora mismo de ver al doctor Vieto... He sostenido con él una movida conversación... No hemos estado de acuerdo... Sin embargo, creo que el único medio de curarla es declarándole una verdad que usted debió conocer desde hace tiempo... Sólo su subconsciente está enterado de esa verdad, pues sus sentidos se apercibieron de ella cuando usted se encontraba en una especie de coma... Fué durante el colapso que usted sufrió al caerse y producirse una herida. Para ser más exactos, verificóse mientras le practicaban la tranfusión... En el substrato de su mundo interior la tranfusión... fuerzas opuestas... Ese choque continuo constituye

la causa de su trastorno... Es necesario que afronte usted cuanto antes la realidad... El psicoanálisis se basa casi siempre en extracciones de verdades ocultas, dolorosas, que actúan contra el sujeto desde los bajos fondos del subconsciente... Mientras no se las haga llegar a la conciencia seguirán allí ocultas produciendo esos complejos anímicos y esos sueños terríficos que usted me ha relatado... ¿Está dispuesta a conocer la verdad?

A la señora de Rosenberg se le helaron las manos. No podía resolverse. Iba invadiéndola una penosa agonía. Su irrefrenable curiosidad se impuso al fin.

—¡Estoy resuelta! — repuso.

¿Cuál sería esa verdad tan tremebunda que iban a revelarles? Tenía que ser muy grave tanto misterio... A lo mejor el doctor había entrevisto en sus sueños sus pasiones ocultas... ¡Qué vergüenza!... No se atrevía a mirarlo... Lo escuchaba con la cabeza baja, y así estuvo mientras hablaba el médico.

La voz sonaba cauta:

—El doctor Vieto me ha contado en detalle lo de la transfusión... Y como quiero que usted se entere de ello lo menos bruscamente posible ,le narraré la escena desde el preciso instante en que a usted la dejaron semi-inconsciente en una cama del Hospital. Había perdido gran cantidad de sangre. Usted estaba entre la vida y la muerte. Era cuestión de minutos.

Y así lo comprendieron las enfermeras al escuchar las órdenes del doctor Vieto: "¡Transfusión! ¡Emergencia! ¡Pidan donantes!" No existía en ese tiempo el banco de sangre ni había plasmas sanguíneos bien ordenados... Había que recurrir a los muy escasos donantes que se ofrecían. Probaron con algunos, pero sin resultados satisfactorios. Y lo grave del caso era que usted iba perdiendo las fuerzas. ¿Qué hacer? El doctor Vieto ya perdía la esperanza. Se movía por la sala, nervioso, trastornado. Ya usted sabe cómo la estima a usted. En ese instante le anunció la enfermera que alguien se había ofrecido espontáneamente. Era un donante de sangre universal. El doctor Vieto se volvió todo júbilo. "¡Pronto! ¡Hágalo pasar!"... Y entró el donante de sangre... Usted, señora, nunca llegó a saber quién dió su sangre para salvarla... Quizás ha sido injusta con él... Esa es la cruda verdad que le ocultaron y que voy a decirle... Aquel donante, señora, era Joe el negro, su robusto chofer...

Anonadada, la exuberante señora lanzó un gemido sordo. Tan enorme le resultaba aquello que no pensó siquiera en un posible desmayo. El doctor Serge la miró retorcerse como una boa herida.

Suspiraba. Silbaba.

—¡Qué desgracia! ¡Qué infamia!

¿Era posible que hubieran hecho aquello con ella?

—Ya le he dicho, señora, se trataba de su vida o su muerte.

—Mejor hubiera sido morir.

—No sea insensata, señora. Trate de dominarse... La primera reacción... así de golpe... comprendo... Pero no es para tanto... Se pone usted tan mala como si el doctor Vieto la hubiera transformado en un monstruo...

—¡Sí! ¡Sí! ¡Esa es la palabra! ¡Me ha irracionalizado!

—Sus escrúpulos me parecen ridículos... Ya sabe usted muy bien que la pigmentación de la piel no tiene nada que ver con una sangre o con la otra... Ya eso está demostrado perfectamente... Frene, pues, esos nervios y escúcheme... El trastorno de usted tiene su origen en esa lucha interna de dos fuerzas contradictorias: un yo que odia a los negros y otro agradecido, simpatizante, humano... Procure comprenderme: cuando le trasfundieron la "odiada" sangre de Joe, sufría usted un estado de transición entre la vida y el sueño... Sus sentidos captaban la realidad a medias... Y fué su subconsciente el que ocultó avaramente todo ese gran acervo de sensaciones penosas y amorfas... Por eso fué un error no declararle los hechos... No habría sido difícil vencerla de que así debió ser... Ya ha visto, en cambio, cómo esa lucha interna de fuerzas en tensión le ha motivado un serio trastorno... Ahora ya puede hallar la explicación de sus sueños. Debe saber que Joe, el donante, sintió la sensación de ser un niño, (tan débil se encontraba por la falta de sangre),

y eso le provocó un curioso ataque de risa... Aquella risa nerviosa fué un hecho insólito... Todos se contagiaron; sobre todo, porque ya el gran peligro había pasado... De manera que, médico, ayudante y enfermeras se echaron a reír... Ese es un dato que aparece en sus sueños con insistencia... Además, en su profundo sentir, desde ese instante, surgió como una especie de reconocimiento hacia el buen Joe que había ofrecido su sangre para salvarla, pero esa gratitud chocaba siempre con su prejuicio idiota contra los negros... Y esa continua lucha es el factor decisivo de su conflicto... Poco a poco, con la ayuda de usted, haré el análisis de sus distintos sueños. Quizá eso la distraiga...

La señora de Rosenberg sollozaba sumisa y angustiada. No sabía ni qué hacer ni qué pensar. La había invadido tal anonadamiento que daba pena verla. El doctor Serge no podía reprimir cierto prurito de mofa que se unía a su piedad. Seguramente la señora de Rosenberg le notó entre los labios algún vago reflejo de ese goce íntimo (sobre todo cuando le oyó decir: "Es necesario que usted le dé las gracias a su chofer!")... porque, recuperando bruscamente sus bríos, lo fulminó con ojos de hiena y dirigióse a la puerta vociferando:

—¡Es una burla grosera! ¡Es un escarnio que se me ha hecho! ¡Yo veré a mi abogado! ¡El doctor Vieto me las ha de pagar! ¡Oh, ya verá lo que es bueno!

Tiró tras sí la puerta y se marchó furibunda.

El doctor Serge se quedó consternado. En ese instante apareció su enfermera muy asustada. Y era tal su expresión, que el doctor Serge dejó correr su risa espontáneamente.

Después llegó a saber que, al salir de su clínica, la señora de Rosenberg había tomado un taxi, y, roja de ira, se le había presentado al doctor Vieto en el Hospital a reclamarle su sangre. Quería de todos modos que se la devolvieran o implantaba una demanda formal. No hubo maneras de hacerla comprender su despropósito. Para colmo de males, el doctor Vieto, solterón sempiterno, venía haciéndole el juego a la soberbia matrona. De manera que, no sabiendo qué hacer, le echó la culpa de todo al doctor Serge, llamándolo imprudente y lenguaraz. ¿En qué quedaba el juramento de Hipócrates?

El asunto tuvo sus idas y venidas. Por fin, de mutuo acuerdo, resolvieron practicarle a la viuda otra transfusión. Fué difícil, puesto que la señora ponía sus condiciones. No admitía cualquier sangre. Debía ser de ario puro. Dónde diablos la iban a conseguir. Por fortuna, después de mil exámenes, resultó compatible la sangre de un marinero mofletudo y enorme. Era más rubio que el más puro Sigfrido con todo y ser bien yanqui. La señora lo miró con recelo de uno y de otro costado como si se tratase de alguna mercancía. Pero, a la postre, se decidió. Se hizo en volandas la endemoniada transfusión (no fuera el caso de que se arrepintiera) y resultó tan benéfica para

la paciente, que hasta aquellos doctores más inconformes tuvieron que aceptar que el caso clínico de la señora de Rosenberg debía anotarse en los anales del Hospital como una mixta y bien lograda experiencia de cirugía y psicoanálisis.

La señora de Rosenberg se fué a convalecer a un rinconcito campestre. Ambos doctores, unidos ya en cordial amistad, iban a verla cada fin de semana. La paciente se sentía muy mejor. Sus pesadillas la dejaron en paz. Y, como todo hacía suponer que su trastorno había desaparecido, regresó al almacén.

El doctor Serge no la había visto más desde su vuelta.

Una mañana recibió una llamada del doctor Vieto. Lo invitaba para una cena en casa de la señora de Rosenberg. Le tenían preparada una gran sorpresa. No se podía excusar. Era un asunto muy íntimo que requería su presencia. Sólo estarían los tres.

El doctor Serge ya tenía un compromiso para esa noche.

—¡Oh, imposible!—repuso.— Lo lamento. Créame que lo lamento, pero debo asistir a esa verbena del Club en beneficio de los niños judíos desamparados...

—Nada de eso, doctor. Después de cena, si le parece bien, iremos juntos al Club.

Y como aún el doctor se retraía, le confesó el gran secreto:

—Queríamos darle a usted una sorpresa, pero ya que se empeña le diré que se trata de nuestro compromiso matrimonial...

En efecto, cuando llegó a la casa de la viuda ya estaban listos los cocteles. La señora ya había bebido algunos y hasta podía decirse que se había propasado. Se le veía jovial, muy femenina y acaso algo procaz. El doctor Serge pensó que, embellecida como estaba esa noche y bien trajeada, la señora de Rosenberg era indudablemente una mujer estupenda.

El doctor Vieto, sobrepasado él mismo en sus cocteles, se sentía muy feliz. Dentro de poco iba a tener un hogar. Era ya hora. Buena falta le hacía. Y había encontrado a la mujer adecuada: sana, buena y hermosa.

Cenaron y bebieron alegremente. La señora exageró sus cocteles y se sintió indispuesta. El doctor Vieto le aconsejó quedarse, ya que no era prudente, en el estado en que estaba, presentarse en el Club. Pero ella estaba tan repleta de júbilo y de whisky, que no la convencieron sus argumentos. Quiso ir de todos modos y no hubo más remedio que acompañarla.

Cuando llegaron al Club ya era muy tarde, y como estaba repleto, no hallaron sitio alguno donde sentarse. Había un gentío de mil diablos. El bullicio era atroz. Música, risa, alegría y mucho alcohol. En lo

que menos pensaba todo aquel público era en los pobres niños desamparados. El doctor Vieto no vió otra solución que estacionarse en el bar. Ya habría manera de encontrar algún sitio desocupado.

Allí en el bar la locura había encontrado su cauce. Todo el mundo gritaba, daba saltos y bebía en abundancia. La señora de Rosenberg no tardó en contagiarse de aquel ambiente. Lo que más extrañaba al doctor Serge era que la señora había empezado a dar muestras de una insólita sobreexcitación. Le parecía notarle cierta proclividad hacia los gestos vulgares y procaces. De repente la señora se encaprichó en beber cerveza. El doctor Vieto se opuso severamente. Aquella mezcla podía sentarle mal. Pero ella tanto insistió, que fué preciso complacerla enseguida. Bebió una vaso tras otro y comenzó a tatarear "God save America". De repente derramó su cerveza, escupió al suelo, y muy contenta, lanzó un agudo "Jupy!!!" como cualquier marino. Después, sobrecogida por una repentina tristeza, se desbordó en llantitos. No había duda de que la curda era grande.

El doctor no sabía ya qué hacer. Menos mal que, como había tanta gente en el mismo estado, nadie hacía mucho caso de la señora de Rosenberg. De todos modos, allí en el bar hacía un calor insufrible. Tan densa era la atmósfera que hasta se respiraba con gran dificultad. Lo indispensable para ella era aire fresco, de lo contrario se iba a sentir muy mal. Y

el doctor se dirigió a la terraza, con la esperanza de hallar alguna mesa desocupada.

El doctor Serge, que había estado observando a la señora, se le acercó piadoso:

—Usted, señora, tiene aún una gran pena.

La señora no pudo contener un angustioso sollozo y confesó, que en efecto, todavía padecía de pesadillas por sus remordimientos. Veía siempre en sus sueños a Joe, sonriente, pero no había querido confesarlo por no causarles una desilusión.

—Ya se lo he dicho, señora. Lo que usted necesita es no ser ingrata. Debe darle las gracias a su donante.

La señora quiso aún enfurecerse, pero le vino un hipo sonoro y consiguió dominarse. Después, como cambiando de idea, sonrió benévola y decidió:

—¡Oh, es cierto! ¡Debo darle las gracias! ¡Pobre Joe!

El doctor Vieto volvió sin haber dado con una mesa libre. De todos modos quería hallar algún sitio cerca del mar. Pero a quién diablos pedirselo. Si hubiera un camarero a quien dirigirse. Parecían todos sordos, alocados. No querían hacer caso...

En ese instante se acercó a la señora un camarero antillano.

—¡Joe! —dijo ella—. ¿Tú que haces por aquí?

Tan espontánea y cordial fué su pregunta, que ambos doctores se miraron sonrientes. No había duda de que estaba curada. De lo contrario se habría puesto furiosa contra su fiel chofer, quien, según ella, era el causante mayor de sus trastornos.

—Yo ahora soy camarero, señora, —repuso Joe—. ¿Quiere usted una mesa? ¡Inmediatamente! —E iba a alejarse a prisa, muy ocucioso, cuando ella lo detuvo.

—¡No! ¡No!... Que vaya Serge a buscarla... Yo quiero hablar contigo. Es necesario... Deseo darle las gracias... ¡Pobrecito!... Vamos a un sitio aparte...

Los doctores quisieron disuadirla, pero ella se obstinó. No hubo maneras de quitarle aquella idea extravagante. Y se alejó tambaleando, con Joe del brazo, hacia el salón de fumar. Menos mal que, como todos bailaban en ese instante, tal escena paso inadvertida... El doctor Serge convenció al doctor Vieto de que era preferible dejarla hacer su voluntad. Ella quería desahogarse. Al fin y al cabo no sería nada grave. Era posible que ella después quisiera volver a casa.

Sin embargo, como se demoraba, el doctor Vieto, ya bastante nervioso, resolvió darle término a la grotesca comedia.

—¡Voy a ver qué sucede!— Y fué a buscarlos.

Todo aquello le parecía ridículo al doctor Serge, y estaba por marcharse, cuando oyó un alarido. Corrió hasta el saloncito y vió una escena de horror. Allí, tendido sobre la alfombra blanca, estaba Joe sobre un gran charco de sangre. La señora de Rosenberg, desgrefñada, demente, lanzaba unos chillidos escalofriantes.

Se aglomeró la gente.

—¿Qué pasa?

—¿Qué sucede?

La señora de Rosenberg había matado a Joe. Nadie podía entenderlo. El doctor Vieto se llevó en su automóvil a la demente.

El doctor Serge, entre tanto, reconoció el cadáver. Tenía una herida enorme en plena nuca. Un tajo que parecía causado por un hacha africana. No había nada que hacer. Ya era un asunto del Juez. Cerró la puerta al salir y le ordenó al policía que vigilara la entrada.

La espeluznante tragedia hizo que el Club quedara pronto desierto. Mientras llegaba el juez, el doctor Serge se sentó solitario en una mesa de la terraza, frente al mar, y se quedó meditando... meditando... Era tan suave la brisa...

Cuando lo despertaron advirtió con sorpresa que las primeras luces del sol naciente brillaban sobre el mar. Quiso excusarse:

—Me he quedado dormido... ¡Qué desagrado!...
¿No ha venido aún el Juez?

El camarero se le quedó mirando.

—¿Qué Juez?

—¡El que venía!... ¿No vienen siempre los jueces cuando hay crímenes?

—“¿Qué le pasa al doctor?” —pensó el empleado. Y en voz alta repuso:

—¡Pero si aquí no ha habido ningún crimen!

—¡Cómo va a ser!... Entonces... ¿lo habré soñado todo?...

—Lo que hubo fué el escándalo de la señora de Rosenberg.

—¡Pero, hombre!... ¿En qué quedamos?... ¿Lo soñé o fué verdad?

—¡Cómo! ¿No supo?

—¡No me pongas nervioso! Dime, ¿qué fué lo que hizo la señora de Rosenberg?

—Bueno... ¡Algo bochornoso!... Verá... ¡La sorprendieron con un zopenco negro!

—¡Caramba! ¡Eso es más grave!...

Se puso en pie de un salto.

Murmuró:

—¡Pobre Vieto!

Luego, alzando los hombros, agregó:

—Al fin y al cabo, debemos darle gracias al Dios *de los judíos...*

Ya dispuesto a marcharse, puntualizó:

—¡Vaya un conflicto de sangre!

Y muy orondo y feliz, el doctor Serge se encaminó a su clínica.